

LA REGLA DE LOS MONJES

Prólogo

1 en., 2 may., 1 sept.

¹Escucha, hijo, los preceptos del Maestro, e inclina el oído de tu corazón; recibe con gusto el consejo de un padre piadoso, y cúmplelo verdaderamente (cf. *Pr* 1,8; 4,1. 20; 6,20; *Sal* 44 [45],11; *Si* 6,35; 51,21; *Dt* 6,4; *Mc* 12,29)¹. ²Así volverás por el trabajo de la obediencia, a Aquel de quien te habías alejado por la desidia de la desobediencia (cf. *Gn* 3,17; *Rm* 5,19). ³Mi palabra se dirige ahora a ti, quienquiera que seas, que renuncias a tus propias voluntades y tomas las preclaras y fortísimas armas de la obediencia, para militar por Cristo Señor, verdadero Rey (cf. *Dt* 30,14-16; *Mt* 27,37; *Jn* 5,24; 18,37; *Rm* 13,12; *2 Co* 6,7; *Ef* 6,13-17; *2 Tm* 2,3-4. 5; *Ap* 3,8).

⁴Ante todo pídele con una oración muy constante que lleve a su término toda obra buena que comiences², ⁵para que Aquel que se dignó contarnos en el número de sus hijos, no tenga nunca que entristecerse por nuestras malas acciones (cf. *Sb* 4,8; 5,5; *Rm* 8,15; *Ef* 1,5; *1 Jn* 3,1-2). ⁶En todo tiempo, pues, debemos obedecerle con los bienes suyos que Él depositó en nosotros, de tal modo que nunca, como padre airado, desherede a sus hijos (cf. *Ef* 2,3; 5,6; *Rm* 8,17), ⁷ni como señor temible, irritado por nuestras maldades, entregue³ a la pena eterna, como a pésimos siervos, a los que no quisieron seguirle a la gloria (cf. *Mt* 18,32; 25,30; *Lc* 19,22).

2 en., 3 may., 2 sept.

⁸Levantémonos, pues, de una vez, ya que la Escritura nos exhorta y nos dice: *Ya es hora de levantarnos del sueño* (*Rm* 13,11). ⁹Abramos los ojos a la luz divina, y oigamos con oído atento lo que diariamente nos amonesta la voz de Dios que clama (cf. *Sal* 118 [119],105; *2 P* 1,17. 19; *Jn* 8,12; *Ex* 19,18-19; *Mt* 17,5) diciendo: ¹⁰*Si oyeren hoy su voz, no endurezcan sus corazones* (*Sal* 94 [95],8). ¹¹Y otra vez: *El que tenga oídos para oír, escuche lo que el Espíritu dice a las Iglesias* (*Ap* 2,7; cf. *Mt* 11,15). ¹²¿Y qué dice? *Vengan, hijos, escúchenme, yo les enseñaré el temor del Señor* (*Sal* 33 [34],12; cf.

¹ Cf. también *Ez* 2,8; 3,10; *Lm* 3,25-28; *Pr* 8,32-35.

² Cf. *Tb* 4,19.

³ Otras versiones leen: “nos entregue”.

85 [86],11). ¹³*Corran mientras tienen la luz de la vida, para que no los sorprendan las tinieblas de la muerte (Jn 12,35).*

3 en., 4 may., 3 sept.

¹⁴Y el Señor, que busca su obrero entre la muchedumbre del pueblo al que dirige este llamado (cf. *Mt 20,1-6; 1 Co 3,9*), dice de nuevo: ¹⁵*¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices? (Sal 33 [34],13; cf. 1 P 3,10-12)* ¹⁶Si tú, al oírlo, respondes “Yo”, Dios te dice: ¹⁷“Si quieres poseer la vida verdadera y eterna, *guarda tu lengua del mal, y que tus labios no hablen con falsedad. Apártate del mal y haz el bien; busca la paz y síguela* (cf. *Mt 19,16; Sal 33 [34],14-15*). ¹⁸Y si hacen esto, pondré mis ojos sobre ustedes, y mis oídos oirán sus preces, y antes de que me invoquen les diré: Aquí estoy” (cf. *Is 58,9,65,24*). ¹⁹¿Qué cosa más dulce para nosotros, carísimos hermanos, que esta voz del Señor que nos invita? (cf. *Sal 94 [95],7; Jn 3,29; 10,3-4. 16; Ap 3,20*). ²⁰Vean cómo el Señor nos muestra piadosamente el camino de la vida (cf. *Sal 15 [16],11; Jr 21,8; Pr 6,23*).

4 en., 5 may., 4 sept.

²¹Ciñamos, pues, nuestra cintura con la fe y la práctica de las buenas obras, y sigamos sus caminos guiados por el Evangelio, para merecer ver en su reino a Aquel que nos llamó (cf. *Ex 12,11; Is 11,5; Lc 12,35; Mt 5,8; Ef 6,14-15; 1 Ts 2,12*).

²²Si queremos habitar en la morada de su reino, puesto que no se llega allí sino corriendo con obras buenas (cf. *Sal 14 [15],1; Lv 23,33; 26,11; Hb 9,11*), ²³preguntemos al Señor con el Profeta diciéndole: *Señor, ¿quién habitará en tu morada, o quién descansará en tu monte santo? (Sal 14 [15],1)*. ²⁴Hecha esta pregunta, hermanos, oigamos al Señor que nos responde y nos muestra el camino de esta morada⁴ ²⁵diciendo: *El que anda sin pecado y practica la justicia; ²⁶el que dice la verdad en su corazón y no tiene dolo en su lengua; ²⁷el que no hizo mal a su prójimo ni admitió que se lo afrentara (Sal 14 [15],2-3)*. ²⁸El que apartó de la mirada de su corazón al maligno diablo tentador y a la misma tentación, y lo aniquiló, y tomó sus nacientes pensamientos y los estrelló contra Cristo (*Sal 14 [15],4; 136 [137],9; cf. 1 Co 10,4; Ef 1,18*). ²⁹Estos son los que temen al Señor y no se engríen de su buena observancia, antes bien, juzgan que aun lo bueno que ellos tienen, no es obra suya sino del Señor (*Sal 14 [15],4; cf. Jn 15,5*), ³⁰y engrandecen al Señor que obra en ellos, diciendo con el Profeta: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria* (cf. *Sal 14 [15],4*;

⁴ Cf. *Ex 15,13; Sal 24 [25],8-12; Jn 14,23*.

Flp 2,13; Lc 1,46; 2,20; 17,15; Mt 16,20; 1 Co 12,6; Sal 113 [115],9 [1]. ³¹Del mismo modo que el apóstol Pablo, que tampoco se atribuía nada de su predicación, y decía: *Por la gracia de Dios soy lo que soy (1 Co 15,10)*. ³²Y otra vez el mismo: *El que se gloria, gloríese en el Señor (2 Co 10,17; cf. Jr 9,22-23)*.

5 en., 6 may., 5 sept.

³³Por eso dice también el Señor en el Evangelio: *Al que oye estas mis palabras y las practica, lo compararé con un hombre prudente que edificó su casa sobre piedra; ³⁴vinieron los ríos, soplaron los vientos y embistieron contra aquella casa, pero no se cayó, porque estaba fundada sobre piedra (Mt 7,24-25)*⁵.

³⁵Después de decir esto, el Señor espera que respondamos diariamente con obras a sus santos consejos (cf. *Mt 7,28*). ³⁶Por eso, para corregirnos de nuestros males, se nos dan de plazo los días de esta vida. ³⁷El Apóstol, en efecto, dice: *¿No sabes que la paciencia de Dios te invita al arrepentimiento? (Rm 2,4)* ³⁸Pues el piadoso Señor dice: *No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ez 33,11)*.

6 en., 7 may., 6 sept.

³⁹Cuando le preguntamos al Señor, hermanos, sobre quién moraría en su casa, oímos lo que hay que hacer para habitar en ella, a condición de cumplir el deber del morador. ⁴⁰Por tanto, preparemos nuestros corazones y nuestros cuerpos para militar bajo la santa obediencia de los preceptos, ⁴¹y roguemos al Señor que nos conceda la ayuda de su gracia, para cumplir lo que nuestra naturaleza no puede (cf. *Ef 2,3; Rm 3,24*). ⁴²Y si queremos evitar las penas del infierno y llegar a la vida eterna, ⁴³mientras haya tiempo, y estemos en este cuerpo, y podamos cumplir todas estas cosas a la luz de esta vida (cf. *2 Co 5,6; Jn 12,35*), ⁴⁴corramos y practiquemos ahora lo que nos aprovechará eternamente (cf. *1 Co 9,24; 2 Tm 4,7*)⁶.

7 en., 8 may., 7 sept.

⁴⁵Vamos, pues, a instituir una escuela del servicio divino, ⁴⁶y al hacerlo, esperamos no establecer nada que sea áspero o penoso (cf. *Mt 11,29. 30*). ⁴⁷Pero si, por una razón de equidad, para corregir los vicios o para conservar la caridad, se dispone algo más estricto, ⁴⁸no huyas enseguida, aterrado, del camino de la salvación, porque

⁵ Cf. *Mt 13,23*.

⁶ Cf. asimismo *Mt 19,16-22*.

éste no se puede emprender sino por un comienzo estrecho (cf. *Mt* 7,14; *Hch* 16,17; *Col* 2,6-7). ⁴⁹Mas cuando progresamos en la vida monástica y en la fe, se dilata nuestro corazón, y corremos con inefable dulzura de caridad por el camino de los mandamientos de Dios (cf. *Sal* 118 [119],32; *1 P* 1,8). ⁵⁰De este modo, no apartándonos nunca de su magisterio, y perseverando en su doctrina en el monasterio hasta la muerte, participemos de los sufrimientos de Cristo por la paciencia, a fin de merecer también acompañarlo en su reino (*Hch* 2,42; *Flp* 2,8; *2 Jn* 9; *1 P* 4,13; *Col* 1,24; *Rm* 8,17)⁷. Amén.

⁷ Cf. *2 Tm* 3.

“Las enseñanzas de los santos Padres” (RB 73,2)

Monje

Eusebio de Cesarea (+ 339)⁸

Dios da un hogar a los que están solos (Sal 68 [67],7a)⁹

«Él hace habitar a los *monotropous* (LXX) en la casa. Según Símaco, da a los *monachoís* (leer *monajoís*) una casa, y según Aquila, hace sentar en la casa a los *monogeneis*. Según la quinta edición (*Quinta*), hace habitar en la casa a los *monozonous*. Ésta es entonces su más bella obra, que es también la más grande que ha dado al género humano. El primer orden de los que progresan en Cristo es el de los monjes. Pero éstos son pocos, razón por la que, según Aquila, son llamados *monogeneis* (únicos), asimilados así al Hijo único de Dios. Según los LXX tienen una sola forma de vivir (*monotropoi*) y no varias; ya no cambian su forma de vida, sino que bellamente viven una sola, que conduce a la cima de la virtud. La quinta edición los llama “ceñidos por un solo cinturón” (*monozonous*), como viviendo solos y cada uno para sí, con la cintura ceñida¹⁰.

Tales son todos los que viven perfectamente una vida solitaria y pura, de los cuales los primeros fueron los discípulos de nuestro Salvador a los que les dice: “No tengan ni oro, ni plata en sus cinturones, ni sandalias, ni bastón” (ver Mt 10,10)... Y de la misma forma el Apóstol nos invita a todos: “*Estén de pie, ceñidas sus cinturas con la verdad*” (Ef 6,14)»¹¹.

*Homilía LVI del Seudo Macario*¹²

Debemos saber lo que es un monje y por cuál manera de vivir merece verdaderamente ese nombre. Vamos, pues, a hablar según lo que Cristo nos enseña.

En primer lugar se lo llama así porque está solo, se abstiene de mujer y ha renunciado al mundo interior y exteriormente: exteriormente, esto es, a las cosas exteriores y mundanas; interiormente, es decir, a las representaciones de las mismas, de modo que no admite ya los pensamientos de las preocupaciones del mundo.

En segundo lugar se lo llama monje porque invoca a Dios en una oración incesante, con el objeto de purificar su espíritu de los pensamientos numerosos y malos, y para que también su espíritu llegue a ser “monje”, solo delante del verdadero Dios y no admitiendo ya los pensamientos que provienen del mal; al contrario se purifica enteramente como conviene, y permanece límpido delante de Dios.

Agustín de Hipona (+430), “Enarraciones sobre los Salmos”

⁸ Cf. <http://www.zenit.org/article-23988?l=spanish>.

⁹ Trad. de L. Alonso Schökel, *Biblia del Peregrino. Antiguo Testamento. Poesía. Edición de estudio*, Bilbao – Estella, Ed. Verbo Divino, 2019, T. II, p. 667.

¹⁰ Lit.: “los lomos ceñidos”.

¹¹ Eusebio de Cesarea, *Comentario a los salmos*, 67,7; PG 23,689AD.

¹² Párrafo 1. Las homilias pueden situarse entre fines del siglo IV y primera mitad del V. Cf. <http://www.conoze.com/doc.php?doc=5529>.

«... Dice el salmo: *Vean cuan bueno y deleitoso es habitar los hermanos en unión (o en uno)*. *Monos* en griego significa uno, y no uno cualquiera, porque la turba también es uno, ya que, siendo una formada de muchos, también puede llamarse uno; pero no puede llamarse *monos*, es decir, único o solo. *Monos* significa uno solo. Los que de tal modo viven en unión que constituyen un solo hombre, de suerte que en ellos se cumple lo que se escribió, son *un alma y un solo corazón* (*Hch 4,32*) son muchos cuerpos, pero no muchas almas; son muchos cuerpos, pero no muchos corazones; con razón se denominan *monos*, es decir, uno solo. De aquí que uno solo se curaba en la piscina. Nos respondan y expliquen los que ultrajan el nombre de monjes por qué aquel que fue hallado soportando por espacio de treinta y ocho años una enfermedad respondió al Señor: *Al ser movida el agua, no tengo quien me arroje a ella, y otro baja antes que yo* (*Jn 5,5.7*) Bajaba uno y no bajaban más. Uno solo se curaba, el cual simbolizaba la unidad de la Iglesia. Con razón ultrajan el nombre de unidad quienes se apartaron de ella. Con razón ven con malos ojos el nombre de monjes, porque ellos no quieren habitar en unión con los hermanos...

Como rocío del Hermón que desciende sobre los montes de Sión (*Sal 132 [133],3*). Con esto quiso se entendiese, hermanos míos, que por la gracia de Dios es que los hermanos habitan en uno; no por sus fuerzas, no por sus méritos, sino por un don de Dios, por su gracia, que es como rocío del cielo...

No habitan en unión sino en los que es perfecta la caridad de Cristo. Pues en los que no es perfecta la caridad de Cristo, aunque sean uno odian, son molestos, son turbulentos, con su ansiedad turban a otros y buscan qué decir de ellos...

Pero ¿quiénes son los que habitan en común unión? Aquellos de quienes se dice: *Eran un solo corazón y una sola alma en Dios; y nadie decía que algo era propio, sino que todas las cosas les eran comunes*» (*Hch 4,32*)¹³.

Obsculta (*RB Prol. 1*)

San Atanasio de Alejandría, "Vida de san Antonio"

«Después de la muerte de sus padres, Antonio quedó solo con su hermana, más pequeña. Tenía dieciocho o veinte años y se ocupaba de la casa y de su hermana. No habiendo transcurrido aún seis meses desde la muerte de sus padres, se dirigía a la Casa del Señor, como era su costumbre, y recogiendo su pensamiento meditaba en todo esto: cómo los apóstoles abandonaron todo para seguir al Salvador (cf. *Mt 4,20; 19,27*) y cómo aquellos hombres de quienes se habla en los *Hechos*, vendían sus bienes, los llevaban y los depositaban a los pies de los apóstoles para que fueran distribuidos entre los necesitados (*Hch 4,35-37*); y qué gran esperanza les está reservada en el cielo (cf. *Col 1,5; Ef 1,18*). Con estos pensamientos entró en la iglesia, en ese momento se leía el Evangelio, y oyó que el Señor decía al rico: *Si quieres ser perfecto, ve, vende todas tus posesiones y dáselas a los pobres; y ven y sígueme, y tendrás un tesoro en los cielos* (*Mt 19,21*). Y Antonio, como si el recuerdo de los santos le hubiera sido inspirado por Dios y pensando que esta lectura había sido leída para él, al momento salió de la Casa del Señor y entregó los bienes que había heredado de sus padres a sus conciudadanos, trescientas *aruras*¹⁴ de tierra muy fértil y excelente, para que no fueran una molestia ni para él ni para su hermana. Vendió todos los demás bienes muebles y, reuniendo una

¹³ *Enarraciones sobre los Salmos*, 132,6. Trad. en *Obras de San Agustín*, Madrid 1967, p. 471 (BAC 264).

¹⁴ Nombre griego de una antigua medida egipcia de superficie; 100 *aruras* corresponden a 2.756 m². Se trataba entonces de una propiedad muy grande: más de 80 hectáreas.

gran suma de dinero, la dio a los pobres, reservando una pequeña cantidad para su hermana.

Cuando entró de nuevo en la Casa del Señor y oyó que el Señor decía en el Evangelio: *No se preocupen por el día de mañana* (Mt 6,34), no pudiendo permanecer más, salió y dio a la gente modesta el dinero que había guardado¹⁵. Dejó a su hermana al cuidado de unas vírgenes conocidas y fieles, para que fuera instruida en la virginidad, y él se entregó a la vida ascética delante de su casa, vigilándose a sí mismo¹⁶ y viviendo con gran disciplina. En aquel tiempo no había en Egipto tantas moradas de monjes, ni el monje sabía absolutamente nada del gran desierto. Quien deseaba vigilar su vida, se ejercitaba en solitario no lejos de la ciudad. Había en aquel entonces en una ciudad cercana un anciano que desde su juventud ejercitaba la vida solitaria. Antonio lo vio y deseó imitarlo en el bien (cf. *Ga* 4,18). Al principio comenzó a habitar en los alrededores de la ciudad. Después, si se enteraba que en algún lugar había un hombre lleno de celo, iba en su busca como la sabia abeja¹⁷, y no regresaba a su propio lugar sin haberlo visto y sin haber recibido de él como las provisiones para realizar el camino hacia la virtud. Permaneciendo, pues, allí al principio, fortalecía su pensamiento para no volverse hacia los bienes de sus padres ni recordar a sus parientes, sino que todo su deseo y su preocupación estaba en perseverar en la ascesis. Trabajaba con sus propias manos porque había oído: *Que el hombre ocioso no coma* (2 Ts 3,10). Con una parte de su trabajo compraba pan y el resto lo distribuía entre los necesitados. Estaba siempre en oración, sabiendo que convenía orar apartado y continuamente (cf. *Mt* 6,6; *1 Ts* 5,17). Y estaba tan atento a la lectura (cf. *1 Tm* 4,13) que nada de las Escrituras caía en tierra (cf. *1 S* 3,19; *2 R* 10,10), sino que recordaba todo (cf. *Lc* 8,15) y su memoria hacía las veces de libro»¹⁸.

San Basilio de Cesarea, "Pequeño Asceticon"

«¹ Dios, que ama al género humano y enseña la ciencia al hombre, a aquellos a quienes dio la gracia de enseñar, les ordena por medio del Apóstol permanecer en la doctrina. ² Pero a los que necesitan ser edificados por las instituciones divinas, les declara por medio de Moisés: *Pregunta a tu padre, y te lo anunciará, a tus ancianos y te lo dirán* (*Dt* 32,7). ³ Por eso es necesario que nosotros, a quienes se ha encomendado el ministerio de la palabra, en todo tiempo estemos preparados y dispuestos para la instrucción y la perfección de las almas. ⁴ Algunos puntos acerca de los preceptos del Señor, debemos testimoniarlos a todos juntos, en el auditorio de la iglesia; otros debemos exponerlos más en privado a aquellos que han alcanzado una mayor perfección. ⁵ A los que quieran buscar y preguntar acerca de la fe y la verdad del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo y de la vida perfecta, debemos proporcionarles de nuestra abundancia y riqueza, ⁶ para que alguno de estos llegue a ser perfecto y consumado hombre de Dios. ⁷ Es conveniente para ustedes no pasar ningún tiempo en la ociosidad, de modo que además de lo que aprenden con toda la comunidad eclesial, investiguen también, más en privado, sobre las cosas eminentes y perfectas, ⁸ de modo que pasen el tiempo de su vida inquiriendo acerca de las cosas mejores e indagando acerca de las más útiles. ⁹ Por tanto, ya que el Señor nos ha reunido, para que separados de las molestias causadas por las multitudes nos dediquemos un poco al silencio y al reposo, ¹⁰ ni ocupemos nuestro espíritu en otras tareas, ni nos entreguemos de nuevo al

¹⁵ En los oráculos y en los sueños, repetición significa confirmación (SCh 400, p. 135, nota 3).

¹⁶ *Prosechon eayto*: cf. *Dt* 4,9; 15,9; *Lc* 17,3; 21,34; *Hch* 5,35; 20,28.

¹⁷ Juan Casiano en las *Instituciones* (V,4) se refiere a este pasaje. San Jerónimo le hace la misma recomendación a Rústico, monje marsellés (*Epístola* 125,15,2).

¹⁸ San Atanasio de Alejandría (+373), *Vida de san Antonio*, 2-3; trad. castellana en Atanasio. *Vida de Antonio*, Madrid, Ed. Ciudad Nueva, 1995, pp. 34-36 (Col. Biblioteca de Patrística, 27). Antonio murió en 356. El relato de la vocación de Antonio le causó una fuerte impresión a san Agustín (cf. *Confesiones* 8,14-15. 29).

sueño o a la restauración del cuerpo en el tiempo que queda, ¹¹ sino que consagremos este (tiempo) que queda de la noche a la investigación y la solicitud de las cosas mejores, cumpliendo lo que dice el bienaventurado David del que *medita en la ley del Señor día y noche* (Sal 1,2).

¹² Si, pues, alguno de ustedes juzga que le falta ciencia, expóngalo en la búsqueda común; ¹³ si aparece algo difícil u oculto, es más fácil que se esclarezca cuando varios están conversando juntos, ya que sin duda Dios concede a los que buscan la gracia de encontrar. ¹⁴ Así como a nosotros nos urge la necesidad, y pobre de mí si no evangelizara, también ustedes corren un peligro semejante si cesan de interrogar y buscar, o si fueran más remisos e irresolutos para cumplir lo que se considera recto. ¹⁵ Por eso el Señor también dice: *La palabra que les he anunciado, ella misma los juzgará en el último día* (Jn 12,48), ¹⁶ y de nuevo: *El siervo que no conoció la voluntad de su señor y no hizo lo que correspondía, recibirá pocos azotes, pero el que la conoció y obró contra la voluntad de su señor, recibirá muchos azotes* (cf. Lc 12,48. 47). ¹⁷ Supliquemos, pues, a la misericordia del Señor que a nosotros nos conceda un irreprochable ministerio de la palabra, y a ustedes una fructuosa asimilación de la doctrina. ¹⁸ Puesto que saben que estas palabras estarán ante ustedes en el tribunal de Cristo: *Te acusaré -dice- y te lo echaré en cara* (Sal 49 [50],21), ¹⁹ dirijan vigilantemente su ánimo a las cosas que se dicen, y conduzcan rápidamente lo que han oído hacia una obra digna, ²⁰ *porque no sabemos qué día ni a qué hora vendrá nuestro Señor* (Mt 24,42)»¹⁹.

Redeas (RB Prol. 2)

Juan Casiano (+ 434/5), "Conferencias"

“Todo arte, toda profesión tiene su blanco y su objetivo, es decir, su destinación particular o, lo que es lo mismo, el fin que le es propio. Todo el que quiera conseguir seriamente ese fin, se lo pone de continuo ante sus ojos. En esta visión sobrelleva todos los trabajos, peligros y pérdidas con gusto y ánimo igual. (...)

Lo mismo acontece en nuestra profesión monástica. También ella tiene su blanco, su objetivo su fin particular. (...)

Nuestra vida se endereza a un fin último, y este fin es el reino de Dios. Pero ¿cuál es el medio que nos lleva a ese fin?

Es éste un punto que reclama toda nuestra atención. Porque si no logramos conocerlos, nos fatigaremos inútilmente. Quien emprende un viaje y no conoce exactamente la trayectoria, tiene el trabajo del camino, pero no adelanta un paso en su marcha hacia la meta.

... El fin último de nuestra profesión es el reino de Dios o el reino de los cielos, es cierto; pero nuestro blanco, o sea, nuestro objetivo inmediato es la pureza de corazón. Concentrando, pues, la mirada en ese objetivo primario, corremos directamente hacia aquel fin último, como por una línea recta netamente determinada. Y si nuestro pensamiento se aparta de esta finalidad previa, aunque no sea más que unos instantes, debemos volver de nuevo a ella y corregir por ella nuestros desvíos, como por medio de una regla rectísima. Así, conjugando todos nuestros esfuerzos y haciéndolos converger

¹⁹ *Regla de san Basilio (Pequeño Asceticon)*, prólogo (versión latina de Rufino de Aquileya, realizada hacia el 397/98). San Basilio murió en el año 379. Trad. en *Cuadernos Monásticos* n. 93 (1990), pp. 232-234; y también en: *Regla de San Basilio*, Luján, Eds. ECUAM 1993, pp. 4-5 (Col. Nepsis, 4).

en ese punto único, no dejaremos de advertir al instante nuestro olvido, por poco que nuestro espíritu haya perdido la dirección que se había propuesto. (...)

La pureza del corazón será, entonces, la piedra de toque y el término de nuestras acciones y de nuestros deseos. Por ella debemos abrazar la soledad, sufrir los ayunos, las vigiliias, el trabajo, la desnudez, darnos a la lectura y a la práctica de las demás virtudes. Nuestro designio ha de ser guardar, merced a ellas, puro nuestro corazón de todas las malas pasiones y subir, como por otros tantos grados, hasta la perfección de la caridad. (...)

Conviene, por consiguiente, supeditar las cosas que están en un plano secundario, como por ejemplo, los ayunos, las vigiliias, retiros y meditación de las Escrituras, a nuestro fin principal, esto es, a la pureza de corazón, que es la caridad, y no menoscabar, merced a cosas que tienen un valor puramente relativo, la virtud primordial que es reina de todas las almas. Preciso es que, permaneciendo ésta intacta, nada sea capaz de perjudicarla en lo más mínimo, aunque la necesidad nos obligue a omitir alguna práctica accesoria. Porque de nada nos serviría una fidelidad meticulosa en todas las cosas si echáramos en olvido lo que es primero y a lo que está ordenado todo lo demás”²⁰.

Processu vero conversationis (RB Prol. 49)

Gregorio de Nisa (+ después de 394), “Enseñanza sobre la vida cristiana”

“Ni la gracia de Dios, por su propia naturaleza, puede penetrar en las almas que huyen de la salvación, ni el poder de la virtud humana se basta por sí solo para hacer subir hasta la Vida a las almas que no participan de esta gracia. Pues se ha dicho: *Si el Señor no edificase la casa y custodiase la ciudad, en vano vigilaría el centinela y se esforzaría el edificador* (cf. *Sal 126 [127], 1*). Y de nuevo: *No es por su espada como poseyeron la tierra, ni fue su brazo el que los salvó* —aunque usasen sus brazos y sus espadas en los combates—, *sino tu diestra y la luz de tu rostro* (*Sal 43 [44], 4*). ¿Qué significa esto? Que desde los cielos el Señor combate como aliado de los que se esfuerzan y, al mismo tiempo, que quienes consideran el empeño humano no deben pensar que la corona depende exclusivamente de su esfuerzo, sino de colocar en la voluntad de Dios las esperanzas del triunfo.

Es necesario, pues, conocer cuál es la voluntad de Dios; que quien aspira a la vida bienaventurada se esfuerce en contemplarla, y organice su vida conforme al deseo que tiene de ella”²¹.

Juan Casiano, “Conferencias”

“Dios llama a Abraham y le dice: *Sal de tu tierra (Gn 12,1)*. Abraham sale, en efecto, de su patria. La obediencia es suya. Estas palabras: *Ven a la tierra (Gn 12,1)*, se cumplen: es el fruto de la obediencia. Pero las que siguen: *Que yo te mostraré (Gn 12,1)*, muestran la gracia de Dios, que ha expresado el mandato y promete la recompensa. Estemos ciertos, no obstante, de que aunque pongamos a contribución todos nuestros esfuerzos, no alcanzaremos, pese a nuestra diligencia y actividad personal, la perfección. Y por mucho trabajo que se tome el hombre, será insuficiente para ganar el

²⁰ *Conferencias (o Colaciones)* I, 2. 4. 7. Trad. castellana en: *Juan Casiano. Colaciones I*, Madrid, Eds. Nebli, 1958, pp. 33 ss. (Clásicos de espiritualidad, 19).

²¹ *De instituto christiano (Enseñanza sobre la vida cristiana)*, ns. 14-15; trad. en la colección *Biblioteca de Patristica*, vol. 18, Madrid, Ed. Ciudad Nueva, 1992.

precio sublime de la bienaventuranza. Es necesaria la cooperación del Señor; es menester que él dirija nuestro corazón al bien. Por eso debemos orar continuamente con David: *Asegura mis pasos por tus senderos, a fin de que mis pies no resbalen* (Sal 16 [17],5). Y: *Afirmó mis pies sobre piedra e hizo seguros mis pasos* (Sal 39 [40],3).

Por la ignorancia del bien o por la insurrección de las pasiones, nuestro libre albedrío tiende a despeñarse en los vicios. Pero aquel que gobierna invisiblemente el espíritu del hombre se dignará reducirle de nuevo al gusto de la virtud. El Profeta nos hace ver muy atinadamente en el mismo versículo esta doble verdad: *Fui fuertemente empujado para que cayera* (Sal 117 [118],13): aquí se designa la flaqueza del libre albedrío. *Pero el Señor me sostuvo* (Sal 117 [118],13): aquí se declara la continua asistencia del Señor junto a nuestra libertad, para que no nos veamos arrastrados por ésta a una ruina completa. Él nos tiende su mano, cuando nos ve vacilar, para sostenernos y establecernos en el bien. (...)

... Nunca afirmaron los santos que habían encontrado por sí solos el camino que anduvieron para aprovechar en la virtud y garantizar su posesión. Antes bien, imploraban del Señor les pusiera en la verdadera trayectoria, diciendo: *Guíame en tu verdad* (Sal 24 [25],5); y: *Haz que sea recto ante tus ojos mi camino* (Sal 5,9); o también: *Dame a conocer el camino por donde ir* (Sal 142 [143],8)...

Pero puntualiza (san Pablo) más: *Porque les ha sido otorgado no sólo creer en Cristo, sino también padecer por él* (Flp 1,29). Aquí observa nuevamente que el principio de nuestra conversión y de nuestra fe, así como de la paciencia en sufrir, son dones de Dios (...).

Porque no es el libre albedrío, sino *el Señor quien desata las cadenas de los cautivos*. No es nuestra propia virtud, sino *el Señor quien endereza a los encorvados*; no es la aplicación a la lectura, sino *el Señor quien da luz a los ciegos* (...). No es nuestra vigilancia, sino *el Señor quien protege a los extranjeros* (Sal 145 [146],7-8). En fin, no es nuestra fuerza, sino *el Señor quien levanta y sostiene a los que caen* (Sal 144 [145],14). Al decir esto, no es mi intención, naturalmente, preconizar la inutilidad de nuestros esfuerzos ni decir que son vanos y superfluos nuestro celo y diligencia. Mi único propósito es que nos persuadamos de que sin la ayuda de Dios no podemos dar un paso, y de que nuestro ingenio y nuestro empeño no son eficaces, ni con mucho, para conquistar el precio inestimable de la pureza. El Señor debe contribuir con su ayuda y su misericordia a procurárnosla²².

Regno eius mereamur esse consortes (RB Prol. 50)

San Agustín de Hipona (+ 430)

“Cuando el alma se embellece y ordena a sí misma, haciéndose armoniosa y bella, ya puede contemplar a Dios, como la misma fuente de donde mana todo. ¡Oh verdadero y Padre de la misma verdad! ¡Oh gran Dios, cómo serán aquellos ojos! ¡Cuán sanos, bellos, fuertes, constantes; seremos bienaventurados!... Nada más diré sino que se nos promete la contemplación de la Belleza, por cuya imitación las cosas son bellas, por cuya comparación todas las demás cosas son deformes...”²³.

²² Conferencias III, 12-15; trad. cit., pp. 157-164.

²³ De ordine 2,19,51; trad. en BAC 10, pp. 792-793.

Prólogo de la Regla del Maestro: Tema I (sin paralelo en RB). Descripción del itinerario del pecador que resucita en el bautismo

¹Dice el profeta: *Voy a abrir mi boca a las parábolas (Sal 77 [78],2)*. ²Y nuevamente dice: *Me he convertido en parábola para ellos (Sal 68 [69],12: Vulg.)*.

³Nacidos a la tierra del útero de la madre Eva y engendrados por el padre Adán en el frenesí de la concupiscencia, hemos descendido a los caminos de este siglo, ⁴y cargando con el yugo temporal de la vida en peregrinación, recorreremos los caminos de esta vida a través de la ignorancia de las buenas obras y la experiencia incierta de la muerte. ⁵En efecto, la peregrinación por el mundo nos había ido lastrando con un considerable equipamiento de pecaminosa negligencia. ⁶Y, como nuestras espaldas iban fatigadas por los pesados fardos, el sudor del esfuerzo, goteando por el suelo, revelaba la proximidad de la muerte, ⁷y nuestra ardiente sed anhelaba morir.

⁸De pronto, a la derecha, hacia el oriente, descubrimos una inesperada fuente de agua viva, ⁹y cuando nos precipitábamos hacia ella, la voz divina procedente del agua se nos adelanta saliendo a nuestro encuentro, clamando y diciéndonos: *Sedientos todos, acudan por agua (Is 55,1)*. ¹⁰Y viéndonos venir cargando con pesados fardos, volvió a insistir: *Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré (Mt 11,28)*. ¹¹Nosotros, al oír esta piadosa invitación, arrojando a tierra nuestros fardos y urgidos por la sed, nos agachamos con avidéz y, después de beber largamente, nos levantamos renovados. ¹²Y, una vez levantados, permanecemos en pie, en el estupor de tan inmenso gozo y de nuestras cavilaciones, contemplando el yugo que penosamente habíamos llevado en el camino y nuestros fardos que, por nuestra ignorancia, con su peso nos había abatido hasta desearnos la muerte.

¹³Mientras contemplamos estas realidades y los consideramos largamente, oímos de nuevo la voz procedente de la fuente, que nos había re-creado, y que nos dice: ¹⁴*Carguen con mi yugo y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontrarán su descanso. 15*Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera (Mt 11,29-30). ¹⁶Al oírlo, exhortémonos nuevamente: ¹⁷«Después de haber sido re-creados en tan magnífica fuente y escuchado la voz del Señor que nos invita, no volvamos a cargar con los fardos de nuestros pecados, que hemos arrojado, ¹⁸esto es, al que renunciamos al acercarnos a la fuente bautismal. ¹⁹Anteriormente, a nosotros que estábamos sumidos en la desesperación a causa de la ignorancia o, si prefiere, en razón de un conocimiento que no incluía el bautismo, estos fardos del pecado nos habían abatido con su peso hasta desearnos la muerte. ²⁰Ahora, en cambio, dando acogida a la sabiduría de Dios, somos invitados al descanso por la voz de Dios, incluso los que andábamos abatidos por el peso de nuestros pecados. ²¹Renunciemos a los antiguos fardos de nuestros pecados. ²²Que el camino del siglo concentre en los negligentes el peso de sus faltas. ²³En cuanto a nosotros, ya no consideramos como madre a Eva modelada de arcilla del suelo (cf. Gn 2,7), sino a la ley Cristiana, que nos llama al descanso divino. ²⁴Paralelamente, tampoco buscamos un padre en Adán movidos por nuestra voluntad pecadora, sino guiados por la voz del Señor que nos invita. ²⁵Y si bien no estimulados por nuestros propios merecimientos, fiados, no obstante, en nuestro nuevo nacimiento de su sagrada fuente, acabamos, finalmente, por encontrarte donde tú estás.

Doroteo de Gaza (siglo VI), Conferencia 4, sobre el Temor de Dios (el amor que expulsa el temor)

«48. Hay en efecto, como dice san Basilio²⁴, tres estados en los que podemos agradar a Dios. O bien hacemos lo que agrada a Dios por temor al castigo y entonces estamos en la condición de esclavos; o bien buscando la ventaja de un salario cumplimos las órdenes recibidas en vista de nuestro propio provecho, asemejándonos

²⁴ SAN BASILIO, *Proem. in Reg. fus. tract.*; PG 31,896B. Cf. CASIANO, *Coll.* XI,67.

así a los mercenarios; o finalmente, hacemos el bien por el bien mismo y estamos así en la condición de hijos. Porque el hijo, al llegar a una edad razonable, hace la voluntad de su padre no por temor al castigo, ni para obtener una recompensa, sino porque amando a su padre, guarda hacia él el afecto y el honor debido a un padre, con la convicción de que todos los bienes de su padre le pertenecen. Este merece oír que se le diga: *Ya no eres más esclavo sino hijo y heredero de Dios por Cristo (Ga 4,7)*. Es evidente que no teme más a Dios con ese temor inicial del cual hablamos, sino que ama como decía san Antonio: “Ya no temo más a Dios, sino que lo amo”²⁵. Del mismo modo el Señor, al decir a Abraham, después que este le ofreció a su hijo: *Ahora sé que temes a Dios (Gn 22,12)*, quería referirse a ese temor perfecto nacido del amor. Si no ¿cómo pudo decirle: *Ahora sé...?* Discúlpeme, pero Abraham ¡había hecho tantas cosas!; había obedecido a Dios, había abandonado todos sus bienes, se había establecido en una tierra extranjera, en un pueblo idólatra, donde no había ninguna señal de culto divino. Pero, sobre todo, había soportado esa terrible prueba del sacrificio de su hijo. Y después de todo eso el Señor le dice: *Ahora sé que temes a Dios*. Es muy claro que allí habla del temor perfecto, el de los santos. Porque ellos hacen la voluntad de Dios no ya por temor a un castigo o para obtener una recompensa, sino por amor, como lo hemos dicho muchas veces, temiendo hacer cualquier cosa contra la voluntad de aquel a quien aman. Por lo cual san Juan dice: *El amor expulsa el temor (1 Jn 4,18)*. Los santos no obran más por temor, sino que temen por amor.

49. Este es el temor perfecto, pero, lo repito, es imposible llegar a él sin haber tenido antes el temor inicial. Porque está dicho: *El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Sal 110 [111],10)*; y también: *El principio y el fin es el temor del Señor (cf. Pr 1,7; 9,10; 22,4)*. La Escritura llama comienzo al temor inicial, al cual sigue el temor perfecto, el de los santos. Ese temor inicial es el nuestro. Como un esmalte sobre el metal, guarda al alma de todo mal, según está escrito: *Todo hombre se aleja del mal por el temor del Señor (Pr 75,27)*. Aquel que se aparta del mal por temor al castigo, como un esclavo asustado de su señor, comienza progresivamente a hacer el bien, y poco a poco pasa a esperar una recompensa por sus buenas obras, como el mercenario. Y si continúa huyendo del mal por temor, como el esclavo, y después haciendo el bien con la esperanza de una ganancia como el mercenario, perseverando así en la virtud, con el auxilio de Dios y uniéndose cada vez más a él, terminará por gustar del verdadero bien, y al tener una cierta experiencia de él, no querrá ya separarse nunca más. ¿Quién podrá entonces, como dice el Apóstol, separarlo del amor de Cristo (cf. *Rm 8,35*)? Entonces alcanzará la perfección del hijo, amaré el bien por el bien mismo, y temeré porque ama. Y tal es el temor grande y perfecto.

50. Para enseñarnos la diferencia entre esos dos temores, el Profeta decía: *Vengan, hijos, escúchenme, los instruiré en el temor del Señor (Sal 33 [34],12)*. Apliquemos nuestro espíritu a cada palabra del Profeta y veamos cómo cada una tiene su significación. En primer lugar dice: *Venid a mí*, para invitarnos a la virtud. Después agrega: *hijos*; los santos llaman hijos a aquellos a los que su palabra ha hecho pasar del vicio a la virtud, como dice el Apóstol: *Hijitos míos, por quienes sufro nuevamente los dolores del parto hasta que Cristo sea formado en vosotros (Ga 4,19)*. Enseguida, y después de habernos llamado e invitado a esa transformación, el Profeta nos dice: *Os enseñaré el temor del Señor*. Fíjense en la seguridad del santo. Nosotros cuando queremos dar alguna buena enseñanza siempre empezamos por decir: “¿Quieren que conversemos un rato y que hablemos sobre el temor del Señor o sobre otra virtud?”. El santo en cambio no habla así, sino que dice con toda seguridad: *Vengan, hijos, escúchenme, los instruiré en el temor del Señor. ¿Quién es el hombre que ama la vida y desea tener días felices? (Sal 33 [34],13)*. Y como si alguien respondiese: “Yo quiero; enséñame cómo vivir y conocer días felices”, le responde diciendo: *Guarda tu lengua*

²⁵ *Apotegmas, Antonio 32; PG 65,85C.*

del mal y tus labios del engaño (Sal 33 [34],14). Fíjense, hermanos, cómo siempre el temor de Dios impide obrar el mal. *Guardar su lengua del mal* es no lastimar de ninguna manera la conciencia del prójimo, ni hablar mal de él, ni irritarlo. *Guardar sus labios del engaño* es no engañar al prójimo.

El Profeta sigue: *Apártate del mal* (Sal 33 [34],15). Después de haber hablado de faltas particulares: la mentira, el engaño, llega ahora al vicio en general *Apártate del mal*, es decir huye absolutamente de todo mal, apártate de todo lo que implica pecado. Pero no se detiene allí, y agrega: *Y haz el bien*. Sucede en efecto que no hacemos el mal, sin que por eso hagamos el bien. Se puede no ser injusto pero sin practicar la misericordia, o bien no odiar sin por eso amar. De este modo el Profeta ha tenido razón en decir: *Apártate del mal y obra el bien*.

Fíjense, hermanos, cómo el Profeta nos muestra la sucesión de los tres estados de los que hemos hablado: por el temor de Dios se lleva al alma a apartarse del mal, incitándola así a elevarse hasta alcanzar el bien. Porque en la medida en que se llega a no cometer el mal y a alejarse de él, se comienza naturalmente a obrar el bien bajo la guía de los santos. A estas palabras el Profeta agrega expresamente: *Busca la paz y síguela* (Sal 33 [34],15). No dice solamente *búscala*, sino *síguela*, *córrela*, para alcanzarla.

51. Prestemos atención a estas palabras y veamos la precisión del santo. Cuando alguien llega a apartarse del mal y se esfuerza, con la ayuda de Dios, en hacer el bien, inmediatamente caen sobre él los ataques del enemigo. Lucha, se aflige, está agobiado: no sólo teme el volver al mal, como dijimos del esclavo, sino que también espera la retribución del bien, como un mercenario. En los ataques y contraataques de este combate con el enemigo, muchas veces con sufrimiento y atormentado, obra el bien. Pero cuando le llega el socorro de Dios y comienza a habituarse al bien, entonces empieza a entrever el reposo y gusta progresivamente de la paz. Es entonces cuando se da cuenta de lo que es la aflicción de la guerra, de lo que es la alegría y la felicidad de la paz. Finalmente busca esa paz, se apresura, corre tras ella para atraparla, para poseerla en plenitud y hacerla morar en él. ¿Qué cosa hay más dichosa que un alma que ha llegado a este estado? Es entonces cuando llega a la condición de hijo, como lo dijimos tantas veces. Pues, *felices los hacedores de paz, porque serán llamados hijos de Dios* (Mt 5, 9). ¿Quién podrá decir entonces que esa alma hace el bien todavía por algún otro motivo que no sea el gozo del bien mismo? ¿Quién conocerá esa alegría sino aquel que tuvo la experiencia? Entonces, ese tal descubre también el temor perfecto del que hemos hablado continuamente.

Ya hemos sido instruidos acerca del temor perfecto de los santos, así como del temor inicial, el nuestro; sabemos lo que el temor de Dios expulsa y a lo que nos lleva. Debemos ahora ver cómo viene el temor de Dios, y lo que nos aleja de él».

Comentario al Prólogo

(vv. 1 al 7)

El *Prólogo* se presenta como una *exhortación* para ser escuchada por aquel que, buscando renunciar a la propia voluntad, quiere militar al servicio del Señor Jesucristo. El que dirige la exhortación es el *maestro*. El tema que domina durante casi toda ella: escuchar-obedecer-volver al Señor, de quien el hombre se había alejado por la desobediencia (cf. *Gn* 3,11). El que va a iniciar el camino de la vida monástica es invitado a asemejarse a Cristo (el segundo Adán), no al primer Adán.

Se trata de un camino de vuelta al Padre, ya iniciado en el bautismo y que ahora busca lograr su plenitud por el trabajo de la obediencia.

Los vv. 1-3 del *Prólogo* (=Pr) son ricos en matices de diverso género: *antropológicos*, el oído del corazón, recibir la exhortación *cordialmente* y practicarla *eficazmente*; *espirituales*, habla el maestro que es un padre que ama, se invita al iniciado a empuñar las armas de la obediencia a aquél del que nos habíamos alejado por la desobediencia.

Antes de iniciar cualquier esfuerzo se le propone al que escucha confiarse al Padre en la oración, para que nos cuente entre sus hijos, no entristeciéndolo con nuestras acciones erradas. Dios es Padre, pero puede desheredarnos si no le obedecemos, utilizando mal los dones que Él ha puesto en nosotros (cf. *Lc* 12,35 ss.).

El monje está llamado de modo especial a gozar de la eterna gloria que el Señor Dios ha preparado para sus hijos. Él es, por tanto, también un Maestro temible, Señor que se irrita. Los vv. 4-7 del Pr. Se centran en la necesidad de recurrir a Dios a través de la oración, sólo Él puede darnos la verdadera seguridad de marchar sobre el camino de la obediencia. Él es nuestro Padre y Maestro.

(vv. 8 al 21) *El discurso del Señor*

Estos vv. son una aplicación *moral* del *Salmo* 33 [34],12-16:

33,12: “*Vengan, hijos, escúchenme, les enseñaré el temor del Señor*”. El temor del Señor es el punto de partida de la nueva vida, de la *conversión de costumbres* emprendida por el monje. Es: *despertarse del sueño* (*Rm* 13,11); abrir los ojos a la luz de Dios; *ablandar el corazón* (*Sal* 94 [95],8); escuchar lo que dice el Señor a su Iglesia (*Ap* 2,7). El temor del Señor es el principio de la verdadera sabiduría (cf. *Pr* 1,7; 9,10; *Jb* 28,28; *Si* 1,14; *Sal* 110 [111],10). El temor del Señor pone al monje en el comienzo del camino verdadero, por el que debe correr antes que lo sorprenda la muerte (*Jn* 12,35).

33,13-15: “¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices?”. Es el Señor quien llama y elige un obrero de entre la multitud. La respuesta del que desea ser monje ha sido: “Yo”; y entonces el Señor le ha dado las primeras indicaciones, en las que se señala el camino hacia la meta: la vida verdadera y eterna. Esas indicaciones son: guardar la lengua del mal, no hablar con doblez, evitar el mal y hacer el bien, buscar la paz y seguirla.

33,16-19 (con *Is* 58,9 y 65,24): Cumplido todo lo anterior, el Señor le promete al monje su presencia: tendré los ojos puestos en ustedes, escucharé sus oraciones, antes que me invoquen les diré: “Aquí estoy”.

La *exégesis* del *Sal* 33 se cierra, pues con un mensaje de esperanza. El Señor invita con dulce voz; El nos muestra, en su bondad el camino por el que debemos transitar: la senda de la vida; “*Nos enseñaras el camino de la vida*” (*Sal* 15 [16],10). Para avanzar en ese camino hay que prepararse ciñéndose con la fe, las buenas obras y bajo el mandato (*ducatum*) del evangelio (cf. *Ef* 6,14-15). El camino conduce al encuentro con Aquél que nos ha llamado a su Reino (cf. *1 Ts* 2,12; *Mt* 1,17; *1 P* 5,10).

(vv. 22-32)

Estos versículos toman nuevamente como centro de su desarrollo un salmo. ¿Cómo se hace para habitar en ese reino prometido? (*Sal* 14 [15],1), tal la pregunta que formula el salmista y que la RB hace suya. El Señor responde y enseña el camino hacia la morada eterna (*Sal* 14 [15],2-4):

- el hombre que no se mancha con malas acciones (cf. *Mt* 5,8)
- el que obra la justicia (cf. *Mt* 5,6)
- el que dice la verdad en su corazón (cf. *Mt* 5,19)
- el que no obra con falsedad en lo que dice (cf. *Mt* 5,37)
- el que no hace mal a su prójimo (cf. *Mt* 5,7)
- el que no acepta sugerencias del Maligno, sino que estrella enseguida en Cristo los malos pensamientos (cf. *Sal* 136 [137],9; *Mt* 4,1-11)
- el que teme al Señor (ver *Pr* 1,7)

Ese temor del Señor, inicio de la sabiduría verdadera, consiste en no enorgullecerse por observar los preceptos del Señor, porque Él es el único bueno (cf. *Mt* 19,17). Ese temor debe conducir al monje hacia la humildad, hacia el reconocimiento de las maravillas que Dios obra en su criatura:

- no a nosotros, Señor, sino a tu nombre da la gloria (*Sal* 113B [115],1)
- por la gracia de Dios soy lo que soy (*1 Co* 15,10)
- el que se gloría, que se gloríe en el Señor (*2 Co* 10,17)

(vv. 33 y 34)

El discurso del Señor se cierra con la presentación de la actitud del hombre sabio. Cuando éste escucha la palabra divina, entonces construye sobre piedra, sabe que solamente así podrá soportar lluvias y vientos sin ceder en sus fundamentos: está asentado sobre la voluntad de Cristo (ver *Mt* 7,24-25; *Sal* 14 [15],5; *Jn* 2,17).

(vv. 35-44)

La palabra del Señor exige una respuesta, que debe manifestarse en actos. Hay un límite de tiempo para ello (cf. *Rm* 2,4).

Sin embargo, el Señor quiere la conversión del pecador (*Ez* 33,11). La tarea no es fácil, incluso puede parecer superior a las fuerzas humanas (cf. *1 S* 7,3). Reza, entonces, al Señor para que venga en tu ayuda (cf. *Sal* 69 [70],2; versículo con que se abren las horas diurnas del oficio divino; cf. *RB* 17,3). Es, además, una labor que requiere rapidez; hay que apresurarse; nos conviene correr en esta vida presente, para realizar lo que nos beneficiará eternamente (cf. *Jn* 12,35; *1 Co* 9,24-25).

(vv. 45-50)

El monasterio será, por tanto, una escuela, en la que se aprenderá a servir a Dios en la obediencia. En esa *escuela* se deberá, a veces, establecer algo duro: para corregir los vicios y conservar la caridad (cf. *Mt* 11,29-30). Pero el monje no debe asustarse por eso, el mismo Señor ha dicho que el camino de la salvación debe ser estrecho al comienzo (cf. *Mt* 7,13-14). Lo que significa que llegará la hora en que, con el corazón dilatado, el monje podrá correr por la senda de los preceptos de Dios con inenarrable dulzura (*Sal* 118 [119],32) de amor.

La vida monástica debe conducir a la caridad. Es lo que propone el final del *Prólogo*: Obedeciendo con fidelidad a Cristo, único Maestro, perseverando en la *escuela* del monasterio y compartiendo los sufrimientos de Cristo por la paciencia podremos tener parte en su reino eterno.

“He aquí a los que entran por la vía tan estrecha del Reino de los Cielos, la de la aguja (cf. *Mt* 19,24), que es la enseñanza de la Palabra nueva, que restaura las heridas del cuerpo, remienda los desgarrones de la ropa y traspasa la misma muerte. Esta es la

vía de la nueva enseñanza...” (Hilario de Poitiers [+ 367], *Sobre el Evangelio de san Mateo*, 19,11; SCh 258, p. 100).

Evaluación del Prólogo:

- 1) Género literario:

- 2) Mensaje central:

- 3) Aspectos salientes del Prólogo:

Apéndice

REGLA DE NUESTRO PADRE SAN BENITO

PRÓLOGO

MADRE CÁNDIDA CYMBALISTA, OSB

(Notas tomadas de sus conferencias monásticas durante los años 1977 a 2002)

1 *“Escucha, Oh hijo, los preceptos del Maestro, e inclina el oído de tu corazón; recibe con gusto el consejo de un padre piadoso, y cúmplelo verdaderamente”.*

San Benito dice al discípulo que oiga con el oído del corazón. Al maestro no sólo se lo ve sino se lo oye. Pero tanto el que ve como el que oye deben aprender y oír con el corazón. El que ve, ve el exterior de una cosa, pero ese exterior entraña, lleva, conduce, muestra algo interior que tiene, que es su “logos”, su palabra interior, porque es una participación de la Palabra. Por eso se debe oír en el interior para captar la esencia de las cosas, y para eso debo acallar mi interior para poder oír... Incluso en la estabilidad esto es importante: si la Regla no echa raíces en mi corazón, no puedo echar raíces en la comunidad. Uno no puede arraigar en algo si antes la Palabra de Dios no arraiga en mi corazón, en un corazón bueno, dócil, abierto como la tierra abierta que recibe la Palabra y echa raíces. Hay que crearse el hábito de oír desde adentro, en un ámbito de silencio.

El término “*Libenter*” es acoger gustosamente, con libertad. Es un gusto mezclado con la libertad y una libertad con gusto. De este “*libenter*” surge un fruto: la Regla que no resulta un peso. Es fácil al ingresar a un monasterio que a uno le guste la Regla, y le gusta más ver que se practica. A lo largo de la vida uno oye que el monje puede decir que la vida monástica es un verdadero peso y por eso mismo ese monje se desequilibra. Si la Regla es un peso que quiebra tiene su explicación en que lo que no se asume con libertad, destruye. Es importante en el Prólogo esta palabra porque es un término muy exacto, muy sobrio...

La Regla se asume libremente, del principio al fin, de lo contrario la vida monástica fracasa. El ejercicio de la libertad es la elección. Esto es la “*dilectio*”, el amor que elige. Y uno elige todos los días su bautismo, su vida cristiana, su vida monástica. De lo contrario todo es un peso. Todos los días el monje debe elegir su hábito, sus votos, su trabajo.”

2 *“Así volverás por el trabajo de la obediencia, a Aquel de quien te habías alejado por la desidia de la desobediencia”.*

El reencuentro con Dios se da volviendo. Toda la vida monástica era llamada “vida de conversión”. Es estar de vuelta al Padre, y el camino es Cristo, el Evangelio, la Regla. Esa vuelta que es conversión está identificada con la obediencia. La obediencia, tal como la enseña san Benito es la conversión, que por un lado la manifiesta y por otro es un instrumento, un medio para la misma.

4 *“Ante todo pídele con una oración muy constante que lleve a su término toda obra buena que comiences”.*

Cada instante de nuestra vida debe entrar en el proceso de la oración. La oración inicial debe ubicar toda obra buena. Esa obra buena no basta que sea buena sino tender a la

perfección, y tornarse así en oración. Esa obra buena ontológicamente debe dar gloria a Dios. Por eso no se debe trabajar hablando si ese trabajo es oración.

6 *“En todo tiempo, pues, debemos obedecerle con los bienes suyos que El depositó en nosotros, de tal modo que nunca, como padre airado, desherede a sus hijo”.*

Hay dos realidades en el monje: la de hijo y la de siervo de Dios. Hay que tener una gran conciencia y una gran vivencia de estas dos realidades. La Virgen es el ejemplo de esto. Llamamos a Dios Padre y Señor. Dios es mi Señor y yo soy su esclavo, pero esto ¿lo vivimos? El esclavo es una propiedad de su señor. Dios tiene derechos absolutos sobre mí. El es el Señor, pero al mismo tiempo es Padre. Y esto da al monje una gran intimidad con Dios, una gran inmediatez.”

8 *Levantémonos, pues, de una vez, ya que la Escritura nos exhorta y nos dice: “Ya es hora de levantarnos del sueño” (Rm 13,11).*

San Benito toma esta misma imagen: Jesucristo irrumpe en la vida del monje como una luz que nos despierta. Cuando uno se está durmiendo, oye y no oye, ve y no ve. Cuando se está dormido del todo, desconecta con todo. El que duerme rechaza la luz. Transportemos esto al orden espiritual. Esto lo vemos mucho en san Juan. Dios oscurece para obligarnos a afinar nuestra vista y tratar de verlo hasta en la oscuridad y para no dormirnos ni siquiera en la noche.

El monje es un hombre que se levanta, es un hombre despierto. Cuando uno se levanta entra en dinamismo. Nosotros estamos muchas veces como anestesiados. Es importante entonces eso de *“la Escritura nos exhorta”*. ¿Qué cosa es lo que despierta, según san Benito? La Sagrada Escritura. Dentro del espíritu de san Benito toda la Escritura debe despertarnos. “Exhortar” quiere decir “incitar”, “dinamizar”. La imagen es la del monje aletargado, acédico, que lo único que lo despierta es la Sagrada Escritura. Por eso se da el culto profundo en los monasterios a la Palabra de Dios. Esta Palabra de Dios debe constituir para nosotros la pauta de todo. En ella debemos encontrar todo. San Benito coloca la Sagrada Escritura con el verbo *“levantar”*, *“despertar”*. Para el monje, la campana que lo despierta es la Sagrada Escritura.”

17 *“Si quieres poseer la vida verdadera y eterna, guarda tu lengua del mal, y que tus labios no hablen con falsedad. Apártate del mal y haz el bien; busca la paz y síguela” (Sal 33,14s).*

San Benito da cuatro pautas. Cuando la lengua profiere el mal, toda santidad se desmorona. Por la lengua empieza la muerte y la desvitalización de la vida monástica. No se entra en el monasterio para realizarse sino para perder la vida por Cristo. No es una pulsión a la muerte sino de vivir la Pascua del Señor. Esa es la verdadera y perpetua vida. El candidato a la vida monástica es un buscador de lo absoluto despojándose de cosas que tapan el horizonte que es la vida eterna y la felicidad que nacen de esa vida. El candidato debe ser vital, una persona con vida. San Benito busca esa frase de la Escritura para el obrero.